

Apuntes sobre la narrativa posmoderna hispanoamericana

Antonio Durán Ruiz¹

La posmodernidad es una actitud espiritual que fractura los fundamentos conceptuales que estructuraban las prácticas y las pretensiones de conocimiento de las llamadas sociedades modernas. La posmodernidad no es una determinación temporal, no significa una época posterior a la modernidad, incluso es hija de ésta, como afirma Gianni Vattimo, ya que se crea desde el escepticismo, desde la puesta en tela de juicio de la tradición recibida. Wolfgang Iser (1997: 36), de acuerdo con Vattimo, afirma que “la posmodernidad no se sitúa ni después de la modernidad ni contra la modernidad, sino que estaba contenida en ella, pero de manera oculta”. Jean-François Lyotard caracterizó a la posmodernidad como el fin de los metarrelatos. Los posmodernos ya no creen en estos “grandes proyectos”.

Los grandes proyectos siguen existiendo, según observamos, por ejemplo, en los discursos de muchos estadistas, pero ya no se les da crédito. Eran universales e ilusorios, válidos con independencia de circunstancias, tiempos y lugares, elevaban un particular a la categoría de un absoluto. Según Iser (1997: 38), “atentaban desde el principio y también a largo plazo contra la pluralidad y diversidad de los tipos de saber, de los modos de realidad, de las formas de vida y de cultura”. Los posmodernos dicen adiós al pensamiento de un progreso unilineal,

¹ Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH.

comprenden la imposibilidad de sintetizar formas de vida diferentes, rompen las viejas exigencias de unidad y de sujeción a la unidad. La posmodernidad comienza allí donde el todo termina.

Muchos teóricos perciben a la posmodernidad como un malestar en la modernidad; la confianza en la salvación del hombre por el desarrollo científico, tecnológico y económico ha perdido vigor; advierten que los rasgos que configuraron la modernidad se han alterado fundamentalmente hacia la segunda mitad del siglo XX y que la euforia moderna es absurda. El desarrollo industrial, las grandes ciudades, los artefactos creados por la tecnología y la ciencia muestran sus efectos monstruosos, destructivos. El progreso, el “desarrollo sustentable” parece tener cita con la derrota. El deterioro de la capa de ozono, la acelerada deforestación de los grandes pulmones vegetales del mundo, la contaminación alarmante de mares y ríos, el calentamiento global, los desastres nucleares, los deshielos polares, las guerras y sus atrocidades sólo pronostican que la permanencia del hombre sobre la tierra toca las fronteras de su fin. Se confirma la idea de que la otrora aplaudida modernidad ha desembocado en un desastre total. En 1970, el filósofo rumano E. M. Cioran (2005: 16) dijo que actualmente vivimos un tiempo prehistórico, presenciando la demolición de la idea de progreso; antaño se vivía con la certidumbre de un futuro para la humanidad; ahora ya no es así. Al hablar de futuro se añade con frecuencia: “Si es que quedan hombres entonces”. Sabemos que esto puede acabarse y desde entonces hay algo corrupto en la idea de progreso. Los teóricos posmodernos señalan los importantes cambios sociales que han ocurrido en la segunda mitad del siglo XX, que obligan a nuevos enfoques críticos.

La clase política continúa discurriendo de acuerdo con la retórica de la emancipación pero no consigue cicatrizar las heridas infligidas al ideal moderno durante casi dos siglos de historia. No es la ausencia de progreso sino, por el contrario, el desarrollo tecnocientífico, económico y político lo que ha hecho posible el estallido de guerras sumamente destructoras, los totalitarismos, el desempleo y la endémica pobreza en los países llamados del tercer mundo.

Ya no es posible legitimar el desarrollo por la promesa de una emancipación de toda la humanidad. Esta promesa no se ha cumplido. No

por olvido. El propio desarrollo impide realizarla. El neoanalfabetismo cibernético, la crisis de la Escuela pública donde está dejando de importar el espíritu y se privilegia la producción material, el empobrecimiento de los pueblos del tercer mundo, el desempleo, el despotismo de los prejuicios amplificadas por los *mass media*, todo eso no es la consecuencia de la falta de desarrollo sino más bien su resultado. Los signos del ideal agonizan. Para Lyotard (2001: 111), una guerra de liberación no anuncia que la humanidad continúa emancipándose. La apertura de un nuevo mercado no anuncia que la humanidad continúe enriqueciéndose. La escuela no forma nuevos ciudadanos; cuando mucho forma profesionales. ¿Con qué legitimación contamos para continuar el desarrollo?

Para la mayoría de los filósofos posmodernos, la modernidad esencialmente ha concluido. Ya no se puede creer en una historia humana como historia universal de la emancipación. La historia ya no es vista como un proceso unitario, con un centro alrededor del cual se reúnen y ordenan los acontecimientos. El centro occidental unificador es ilusorio, excluyente. Además, del pasado no se trasmite todo lo que ha acontecido sino sólo aquello que parece relevante a quienes lo cuentan. Aquellos que han contado la historia han sido los que han triunfado. En cambio, los desposeídos (y los aspectos de la vida que se consideraban “bajos”) no han hecho historia.

Es necesario resaltar que cuando se hace referencia a los términos *modernidad* y *posmodernidad* se debe entender con Lyotard que antes que referirse a épocas, a periodos temporales, se hace referencia a modos en el pensamiento, en la enunciación y en la sensibilidad.

La realidad ha dejado de ser sólida, estable, unitaria. Otro aspecto de porqué el término *posmoderno* tiene sentido, se debe a que está ligado al hecho de que la sociedad en que vivimos es una sociedad de comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación. La irrupción y presencia unánime de los medios de comunicación social “han sido las causas determinantes de la disolución de los puntos de vista centrales de los grandes relatos”, dice Vattimo (2003: 13).

Lyotard (Fischer, 1997: 15-17) ha señalado que lo característico de la irritación posmoderna es la pérdida de la creencia, el derrumbe de las viejas certezas, lo cual conduce a una profunda crisis de orienta-

ción. Esto significa que los pensadores posmodernos han abandonado la creencia en los “grandes relatos” junto con sus anhelos de unidad y sus intentos de fundamentación última. Los grandes relatos, como la idea de una matemática universal que represente la estructura del ser (la *mathesis universalis* de Descartes), siempre fueron intentos de comprender el todo. Esos sistemas tenían una pretensión totalitaria con sus correspondientes mecanismos de exclusión. La crisis parece ser el sello de la época actual, en las postrimerías de un siglo que ha soportado conmociones radicales en todos los ámbitos de la ciencia.

La praxis posmoderna

Vattimo (2003: 9-19) observa que la forma del hombre europeo moderno, el hombre civilizado europeo, era el ideal que dirigía el curso de los acontecimientos. Sin embargo, esta postura niega, relega, olvida que existen otras formas de humanidad, otros modos de existencia, y que no puede haber una sola forma de humanidad verdaderamente digna de realizarse. El pensamiento posmoderno pone el acento en estas consideraciones y en otros factores de la posmodernidad: la aceptación de la multiplicidad de racionalidades locales. Las minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas toman la palabra. El principio de realidad se ha erosionado; la realidad es diversa, tiene varios planos y registros. La razón tampoco es única ni universal; existen multiplicidad de racionalidades locales, otras formas de experiencias, otros modos de vida diversos de los nuestros. Para Vattimo, la emancipación consiste en el desarraigo, en la liberación de las diferencias, de los elementos locales. El desarraigo es toma de la palabra de las diferencias; éstas se presentan, se hacen reconocer. El desarraigo es la toma de conciencia de la historicidad, contingencia y limitación de todos nuestros sistemas de valores porque el ser no coincide necesariamente con lo estable, fijo, permanente. El ser tiene que ver más bien con el acontecimiento, el consenso, el diálogo, la interpretación. Vattimo señala, retomando a Dilthey, que el arte es otro modo de hacer experiencia con la imaginación de esas otras formas de existencia.

En las postrimerías de este siglo XX se advierte la conclusión de los grandes proyectos en muchos dominios de la ciencia. Proyectos teóricos consolidados se desmoronan junto con sus pretensiones de conocimiento objetivo, de explicaciones racionales que trascienden el tiempo y el espacio, de control y planificación de procesos sociales y de interpretaciones globales. En su lugar aparece una multiplicidad de pequeños proyectos que alientan modestas pretensiones.

El siglo XX se caracteriza por la concepción difundida en todos los ámbitos científicos de que no hay una racionalidad definitivamente válida o legitimable, sino sólo paradigmas locales, válidos en un sentido limitado. A este respecto, dice Fischer (1997: 12) que contamos con una multiplicidad de enfoques teóricos (paradigmas) que no existía hasta la fecha, que se superponen parcialmente en su campo de investigación. Las fronteras entre las viejas disciplinas se desdibujan y han aparecido o están apareciendo nuevas ciencias (informática, cibernética, ciencias cognitivas, entre otras).

Esta multiplicidad de enfoques es resultado de la crisis de los fundamentos en las ciencias, iniciada con la teoría de la relatividad de Einstein a comienzos del siglo XX continuó con el principio de indeterminación de Heisenberg. Con los teoremas de la incompletitud de Gödel, alcanzó a la matemática.

El derrumbe de la creencia en una realidad independiente del observador y captable de manera objetiva que ya había provocado la física cuántica, se agravó en la segunda mitad del siglo XX. Así, las diferentes teorías de la autororganización señalan que, en un análisis más cuidadoso, la naturaleza se muestra rebelde al saber omnipotente de la edad moderna. Como consecuencia de la teoría del caos, la contingencia se convierte de nuevo en un elemento esencial de nuestra actual imagen del mundo. El orden resulta ser un caso especial del desorden. No sólo la razón occidental abre sin cesar nuevos abismos de ignorancia, sino que también su hija dilecta, la verdad supuestamente intemporal, resulta ser hija del tiempo.

Desde la perspectiva posmoderna, las diferentes formas de cultura y de vida que tienen lugar dentro de una misma sociedad son igualmente legítimas. La meta es la realización de la autonomía, el reconocimien-

to de la heterogeneidad e irreductibilidad de las formas de vida divergentes. Se trata de sujetos que no se empeñan en dominar y vencer a todos los demás sino que están dispuestos a admitir al otro y ver el mundo desde otros ángulos, tratan de operar dentro de la diversidad y no contra ella. Los teóricos del posmodernismo consideran que debemos elaborar el duelo de la unanimidad. Fernando Pessoa (2005: 143-144) expresa esta perspectiva en el poema “15”, de *Poemas inconjuntos*:

Me dices: tú eres algo más
Que una piedra o una planta.
Me dices: sientes, piensas y sabes
Que piensas y sientes.
Entonces ¿las piedras escriben versos?
Entonces ¿las plantas tienen ideas sobre el mundo?

Sí: hay diferencia.
Pero no es la diferencia que encuentras;
Porque tener conciencia no me obliga a tener teorías
Sobre las cosas:
Sólo me obliga a ser consciente.

¿Si soy más que una piedra o una planta? No lo sé.
Soy diferente. No sé lo que es más o menos.

¿Tener conciencia es más que tener color?
Puede ser y puede no ser.
Sé sólo que es diferente.
Nadie puede probar que es más que sólo diferente.

Sé que la piedra es real, y que la planta existe.
Sé esto porque ellas existen.

Sé esto porque mis sentidos me lo muestran.
Sé que soy real también.
Sé esto porque mis sentidos me lo muestran,

Pero con menos claridad que cuando me muestran la
Piedra y la planta.
No sé nada más.

Sí, escribo versos, y la piedra no escribe versos.
Sí, tengo ideas sobre el mundo, y la planta, ninguna.
Pero es que las piedras no son poetas, sino piedras;
Y las plantas son sólo plantas, y no pensadores.
Tanto puedo decir que soy superior a ellas por esto,
Como que soy inferior.
Pero no digo eso: digo de la piedra, “es una piedra”,
Digo de la planta, “es una planta”,
Digo de mí, “soy yo”.
Y no digo nada más. ¿Qué más hay que decir?

Los posmodernos asumen la legitimidad de la diferencia, están sensibilizados contra las estrategias de exclusión y las uniformidades cuestionables, como dijo Welsch (1997: 46): “a la identidad posmoderna le es inherente la facultad de percibir distintos sistemas de sentido y constelaciones de realidades y de pasar de una realidad a otra. La pluralidad y transversalidad se han vuelto fundamentales”.

Narradores posmodernistas hispanoamericanos

Ficciones de Jorge Luis Borges, significa un punto de inicio en los cambios que se producen en la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Borges es considerado el primer modernista hispanoamericano que llegó a ejercer una gran influencia en los narradores norteamericanos. José Luis de la Fuente² dice que: “De Toro ha considerado a Borges el iniciador de la posmodernidad literaria en Hispanoamérica y el mundo”, y que Douwe Fokkema “creía que con Borges había nacido el posmodernismo de manera independiente en Hispanoamérica”. Raymond

² De la Fuente, José Luis (2004), “Entre la razón y el delirio: *En busca de Klíngsor y El fin de la locura de Jorge Volpi*”, en *Las narraciones de la sinrazón en Hispanoamérica* (texto inédito), p. 4.

L. Williams y Blanca Rodríguez (2002: 24) señalan que la posmodernidad surgió en la literatura latinoamericana con dos libros de Jorge Luis Borges: *El jardín de los senderos que se bifurcan*, aparecido en 1941, y *Ficciones*, publicado en 1944.

En los libros citados, Borges postula literariamente el idealismo de George Berkeley y de David Hume. A partir de esos volúmenes, aparecen otros relatos donde se menoscaba la firmeza de los límites de la realidad y de la ficción. El idealismo de Berkeley ofreció a Borges la posibilidad de declarar la insustancialidad de lo real; y con Hume, la insustancialidad del espíritu. Su narrativa se construye sobre la naturaleza ilusoria de la experiencia.

Los acontecimientos vividos en el siglo XX demostraron, hasta el cansancio, la locura de la razón humana. Ante el desengaño de la razón, no queda más que la duda. La razón ya no es el instrumento único y universal. Lo que Borges afirma en sus ficciones es la incertidumbre sobre la realidad, todo se inviste de los adjetivos falso y falaz, especular, ilusorio. Sobre la incertidumbre se fundamenta la narrativa hispanoamericana contemporánea.

Los narradores posmodernos son antiutópicos. Su narrativa representa la incertidumbre que caracteriza a la época; constatan el debilitamiento de la razón. Muestran un mundo narrativo que resulta una metáfora de la crisis y otros males de nuestro tiempo. Muchos relatos tienen una orientación apocalíptica, refieren el fin de un mundo: de la razón o de la Historia. El relato apocalíptico parte del agotamiento de los presupuestos sobre los que se ha asentado la modernidad, de la sensación de hallarse ante el fin de una época. El Apocalipsis deviene metáfora de ascendencia mítica que estructura el pesimismo ante las conmociones de orden político, espiritual e intelectual; “puede decirse sin riesgo que el siglo XX nos ha convertido a todos en hondos pesimistas históricos”, dice Francis Fukuyama (1992: 29). Estructuran el derrumbe de un mundo las novelas *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (1980); *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa (1985); *El Astillero*, de Juan Carlos Onetti (1985); *La casa de la laguna*, de Rosario Ferré (1996).

El tono apocalíptico marca a la literatura hispanoamericana actual. Es el resultado del desmoronamiento de las ideas basadas en la razón y el desapego a las ilusiones mantenidas por el hombre moderno.

Los narradores posmodernos hispanoamericanos enfrentan el caos al orden; la entropía, al sistema. Crean mundos inestables investidos de incertidumbre. La verdad es sólo una quimera, un engaño. La verdad explota en pavesas de verdades o de errores. La verdad se ha menoscabado durante buena parte del siglo XX. Ya no es única ni indivisa.

La falta de fundamentos inviste de imposturas a la razón y a los personajes literarios; éstos se desenvuelven desde colocaciones débiles, indecisas. José Luis de la Fuente (2004) dice que: “los escritores hispanoamericanos acuden al simulacro, a la carnavalización y a la parodia para mostrar los efectos del poder de lo irreal”; la crisis que se mostró en las obras de los autores a finales de los años treinta e inicio de los cuarenta estaba motivada por una pérdida de los valores espirituales. Ha existido desde entonces la necesidad de escribir esa pérdida.

La incertidumbre en el siglo XX ha significado un cambio en el papel del Héroe. En la ficción narrativa se revela una desconfianza hacia la realidad, por ello se recurre a tonos diversos como a la ironía, la parodia, el pastiche, la mezcla de géneros.

La literatura posmoderna hispanoamericana responde a la necesidad de dar explicación al siglo XX, al problema del Mal, al de la incertidumbre y al de la verdad. Muchos relatos son muestra de errores y males diversos provocados por las ideas derivadas de la razón. La impostura se convierte en una de las respuestas al problema de la realidad en una sociedad que, si se observa, resulta una versión carnavalizada del hombre.

En la narrativa posmoderna el sujeto aparece descompuesto, sumido en la incoherencia y en la impotencia en el dominio de su ambiente. Sin duda, el fenómeno de la globalización internacional que se ha producido también en el terreno literario ha afectado a las recientes narraciones hispanoamericanas. Éstas han sufrido el menoscabo de las nacionalidades por la desterritorialización de las identidades que ha producido la penetración de otras culturas, al tiempo que han experimentado un proceso de popularización en lo que se refiere a las tramas, los asuntos y los modelos textuales.

Para de la Fuente, el tiempo se ha convertido en el protagonista de la literatura contemporánea, ya que con las investigaciones de la física y las matemáticas, la incertidumbre ha alcanzado al concepto de tiempo. Hasta las primeras décadas del siglo XX, el tiempo era un concepto firme. Sobre éste, el escritor caminaba con seguridad, extendiéndolo o contrayéndolo según su gusto y su necesidad.

Buena parte de la narrativa hispanoamericana posterior a Borges se estructura sobre la idea de que la modernidad ha traído los males. La perspectiva de una guerra de dimensión mundial y su confirmación derrumbó los últimos vestigios de la fe en la salvación de la Humanidad y en sus medios principales: la ciencia y la tecnología, cuyo desarrollo sólo ha servido para potencializar el exterminio del hombre y de los factores vitales del planeta.

Ante el descarrilamiento del tren de la modernidad, los narradores buscaron tiempos diferentes, alternativos, los mundos ocultos, los que subyace a la modernidad y a sus probables consecuencias, como se advierte, por ejemplo, en las obras de Ernesto Sabato y en *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares (1983); o revaloran el mundo premoderno de Hispanoamérica y lo español en este continente, sin abandonar su dimensión universal: la religión, lo mítico y lo mágico, lo prehispánico; por ejemplo, *Hombres de maíz*, de Miguel Ángel Asturias (1981); *Hijo del hombre*, de Augusto Roa Bastos (1984); *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal (1994); *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes (1991); *Los ríos profundos*, de José María Arguedas (1985).

También se da el caso de novelas que plantean lo agotado del otrora Mundo Nuevo, presentado ahora como un lugar de extravío existencial, donde sólo alucinando el presente y el futuro es posible sobrevivir, como se advierte en *El astillero*, de Juan Carlos Onetti (1985).

A fines de los ochenta, con la Perestroika y la caída del muro de Berlín, lo que significó el triunfo del capital y de su razón, “la única alternativa válida”, ya no quedó utopía por realizar; Severo Sarduy y Zoé Valdés entienden que la revolución cubana se ha convertido en un proyecto agotado.

Pero también el capital había ya demostrado desde antes su incapacidad de ser un camino hacia la liberación humana. Hispanoamérica era

ya un mundo irredento, donde campeaban la miseria, la corrupción, la traición, la inmoralidad, la simulación, el analfabetismo, la injusticia, la violencia sin cuartel y las democracias ilusorias. En Hispanoamérica la modernidad ha dejado un reguero de cadáveres y millones de desposeídos; ha dejado también un continente exhausto en flora y fauna, ríos, mares y lagos. La sociedad occidental, de la cual es un apéndice o un extremo, se convirtió en sociedad del espectáculo e, instalada en la era del vacío, está viviendo el simulacro de un capitalismo de ficción.

Según De la Fuente, los escritores que se dan a conocer a partir de fines de los 80 son herederos de la narrativa de Borges, de los escritores del *boom* hispanoamericano, de los narradores de la *Onda*, de Juan García Ponce, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Ricardo Piglia, Juan José Saer, Roberto Bolaño, de Charles Bukovski, de Martín Amis, Ian MacEwan y Douglas Coupland, entre otros. Sus narrativas tal vez supongan un escape por su desafecto hacia la existencia vivida en sus países, pero a la vez implica una explicación de las causas de la huida. Un interés más universal y no tan localista subyace a sus escritos.

La impostura del siglo, el concepto de verdad y el problema del mal han interesado a Roberto Bolaño, Fernando Iwazaki, Guillermo Fadanelli, al grupo del Crack y al que pertenece Ignacio Padilla, Eloy Urroz, Pedro Ángel Palou y Jorge Volpi, y al grupo McOndo entre los que se encuentra Alberto Fuguet, Sergio Gómez y Rodrigo Fresán. El malestar de la crisis social, política y económica es condición de una narrativa que elabora la búsqueda de microentidades o de identidades móviles. Para el análisis de las circunstancias hispanoamericanas muchos de ellos han recurrido a la ciencia, o a la filosofía, como se observa en los casos de Lodo, de Guillermo Fadanelli (2002), o de *En busca de Klingsor*, de Jorge Volpi (1999).

Bibliografía

- Arguedas, José María (1985), *Los ríos profundos*. Barcelona, Planeta-Agostini.
- Asturias, Miguel Ángel (1981), *Hombres de maíz*. México, FCE, Editions Klincksieck.

- Bioy Casares, Adolfo (1983), *La invención de Morel*. Madrid, Alianza.
- Cioran, E. M. (2005). *Conversaciones*. Barcelona, Tusquets Editores.
- García Márquez, Gabriel (1980), *Cien años de soledad*. Bogotá, Círculo de lectores.
- Fadanelli, Guillermo (2002), *Lodo*. Madrid, Debate.
- Ferré, Rosario (1996), *La casa de la laguna*. Barcelona, Emecé.
- Fischer, H. R. y A. Retzer, J. Schweizer (comps.) (1997), *El final de los grandes proyectos*. Barcelona, Gedisa.
- Fuentes, Carlos (1991), *Terra nostra*. México, Joaquín Mortiz.
- Fuente, José Luis de la (2004), “Hacia la otra modernidad en la narrativa hispanoamericana” en *Las narraciones de la sinrazón en Hispanoamérica* (inédito).
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y del hombre*. Barcelona, Planeta.
- Liotard, Jean-François (2001), *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Gedisa.
- Marechal, Leopoldo (1994), *Adán Buenosayres*. Madrid, Castalia.
- Onetti, Juan Carlos (1985), *Juntacadáveres. El astillero*. Barcelona, Planeta - Agostini.
- Pessoa, Fernando (2005), *Poemas completos de Alberto Caero*. México, Verdehalago.
- Roa Bastos, Augusto (1984), *Hijo del hombre*. Barcelona, Seix Barral.
- Vargas Llosa, Mario (1985), *La guerra del fin del mundo*. México, Origen - Planeta.
- Vattimo, G. y otros (2003), *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Volpi, Jorge (1999), *En busca de Klingsor*. Barcelona, Seix Barral.
- Welsch, Wolfgang (1997), “Topoi de la posmodernidad”, en *El final de los grandes proyectos*. Fischer, H. R. y A. Retzer, J. Schweizer (comps.), Barcelona, Gedisa, pp. 36-56.
- Williams, Raymond L. y Blanca Rodríguez (2002), *La narrativa posmoderna en México*. Xalapa, Universidad Veracruzana.